REFLEXIONES ANTE UNA TABLA

POR

CARLOS ALONSO DEL REAL

DON Alonso de la Cueva Ponce de León, figura digna de una leyenda de Ricardo Palma o del retablo barroco-fantástico de Thorton Wilder, fué un erudito e irritable peruano del siglo XVIII, cuando lo hispánico en su autenticidad vivía mucho en América y empezaba a disolverse en la Península que, entre otras muchas cosas, hizo una que ahora, creo, puede interesarnos particularmente, y de la que quiero hablar aquí.

«Ideó y dispuso—tales son las expresiones auténticas—una lámina o «tabla» representando «Efigies de los Ingas o reyes del Perú y de los católicos reyes de Castilla y León que les han sucedido hasta el presente». En esta tabla, una imagen religiosa cristiana (no se ve bien claro si un Christus Regnans o una Ecclessia Triumphans) entre dos escudos—una imaginaria heráldica incaica y las armas de los «católicos reyes»—preside la serie icónica que abren «Manco Capac Inga I» y Mama Huarco, y cierra un espacio en blanco para ser llenado con el Borbón siguiente a Felipe V, entonces reinante, cuya efigie es realmente la última que, con la inscripción «Felipe V, XXII Rey del Perú», aparece en la tabla.

Lo que aquí interesa y me hace escribir estas páginas es justamente esa continuidad, que Ayar Manco Capac sea el primer rey y un Borbón español el XXII, esto es, que los reyes españoles sean los sucesores

directos y *legítimos* de los viejos Incas. En suma, *la salvación de lo prehispánico.*

No entro ni salgo en si esa consideración fué cosa rara o corriente entre los españoles de ambos lados del Océano, mientras hubo las Españas; quiero sólo apoyarme en que esa tabla, cuya copia fotográfica tengo ante mis ojos, no es mera frase hecha; la tengo, en efecto, al escribir esto, para plantear un problema que me parece ser real y no sin interés ahora—segunda post-guerra mundial—y aquí—entre las ruinas de Europa y la naciente promesa de un posible y renovado Orbis Hispanicus. El problema de la salvación de lo prehispánico; de hacernos solidarios, también, de esa pre o protohistoria y de sus sobrevivencias, en la medida que encierren algo valioso.

Sean punto de partida para este empeño unas palabras ajenas y unas advertencias propias. Las palabras—cuyo tenor literal no conserva mi memoria, pero que estoy seguro de transcribir fielmente en su esencia—pertenecen a la conferencia con que nuestro Pedro Laín abrió el curso; o mejor, inició la pública existencia de la Asociación Cultural Iberoamericana. Decía—sobre poco más o menos—así: «Es posible que el budismo o la filosofía china encierren valores universales, pero no alcanzarán tal dimensión mientras no sean recogidos y salvados por Europa». Si esta recogida y salvamento son posibles—y yo creo que lo son—, ¿por qué no lo serán tantas y tantas cosas de la sabiduría prehispánica de los Hamautas o de los proféticos libros de Chilam Balam? ¿Por qué, si tanto salvamos del arte chino, no lo hemos de hacer con la cerámica nazca? Y, por no tratar sólo de tan altas culturas, ¿no será salvable—cada cosa en su nivel—tal modo de tallar la madera, tal técnica de trenzar cestos, tal huella de arte de los viejos indios? Igual que nuestra tradición histórica invoca—sin traicionar a Roma ni a Cristo— Viriato para el heroísmo, la Dama de Elche para la belleza, acaso Altamira o Alpera para el arte, ¿por qué la tradición hispánica en general no invocará a Yupanqui, sin olvidar al Cid, o los arquitectos de Cholula, de Mitla, de Palenque, de Tíahuanaco, sin renegar de Tolsá—a los aurífices quimbayas sin olvidarnos de Arfe—*e via sequendo?* Las palabras iniciales lainianas han despertado en mí esta pregunta. Don Alonso me da la respuesta.

Las observaciones son dos fundamentalmente: una, que sé muy poco de esto, y todo lo que aquí digo ha de entenderse con cautela, y, cualquiera que sea la forma gramatical de la expresión, ha de tenerse siempre por interrogante o al menos hipotético, que sólo trato, en esta especie de «borrador silvestre», de apuntar a un tema que creo que

interesa, pero no ya de resolverlo, sino ni aun de plantearlo en su integridad. Agradeceré, como siempre, la rectificación, la objeción, el diálogo.

A menudo llegan de las Españas de Ultramar voces de un indigenismo discorde, ya ridículo, ya trágico, ya—por desgracia, raras veces—serio y objetivo. Casi siempre—salvo cuando es pura catalogación arqueológica—se escucha en ellas un larvado antihispanismo o antieuropeísmo. Recuerdo, por ejemplo, la ridiculez de tal programa de enseñanza media (por cierto, de una república cuyo último indio debió extinguirse hace un siglo o poco menos), donde se habla de «la ingenuidad del aborigen y la perfidia del conquistador». Ese programa es de hace un par de años; creo que seguirá vigente. Todos recordamos tal o cual «restauración» de cultos méxicas—el honor del gran pueblo católico e hispánico que es Méjico. Nueva España la salvó entonces la elegante ironía de Carlos Pereyra—o las más graves (y acaso, bajo cierta risible escenografía, más interesantes) manifestaciones de algún partido peruano. Todos conocemos cierto araucanismo retórico, inofensivo y aun simpático, de algunos chilenos. Todos sabemos de la tremenda realidad de la lucha racial en algunos países, y de cómo los enemigos del mundo hispánico manejan eso. Pero todos sabemos también—aunque a menudo lo olvidemos—la tenaz fidelidad a lo español de muchos indios y cómo las lenguas indígenas sirven más de una vez para mantener vivaz el sentido católico e hispánico. Y no podemos olvidar que, aparte del problema racial del indio—que yo no quiero tocar aquí—, sería necedad negar el valor, los valores, de uno u otro orden que en muchas tradiciones prehispánicas se encierran. Si a alguno le ha extrañado antes que acercarse la figura de Yupanqui a la del Cid, o que hablase del valor de la sabiduría hamaútica o de la religiosidad de los libros de Chilam Balam, una breve reflexión, una somera información sobre el caso, le harán ver que la cosa es perfectamente razonable.

Si el indigenismo es peligroso—recae en la prehistoria, con salidas al equívoco huerto soviético—; si el afirmar (lo leí hace muchos años en un periódico peruano y me escalofrié): «Nuestra lengua imperial, Runasimi», como si el castellano no existiese, es grave error; si, en suma, el solidarizarse con Las Casas es suicida, también parece equivocado el negar todo valor a lo prehispánico. No seamos «numantinos»—nuestra gloria mayor es ser romanos y cristianos—, pero no llamemos «bandolero» a Viriato. No creamos

al buen fray Bartolomé, pero tampoco pongamos voz «de bóveda» para afirmar, sin más, como el buen Sarmiento de Gamboa: «estos indios fueron fedifragos y tiranos». Viene aquí bien un breve excurso doméstico. Pensemos en lo que pasa en la España peninsular, en nuestra vieja España.

Lo protohistórico (céltico, ibérico) y lo prehistórico vienen a ser entre nosotros lo que lo prehispánico en América o Filipinas. ¿Cómo se integran y viven hoy—dejo, no sin dolor, de hacer la historia de este tema, de la que he ido reuniendo no pocos datos—estas más antiguas culturas y tradiciones? El lenguaje guarda sustratos, y todavía una región—y bien gloriosa—de nuestra península emplea, en parte, habla prerromana y aun preindoeuropea. Guardan piezas nuestros museos y pinturas nuestras cuevas y abrigos.

Ningún español que haya salido del analfabetismo deja de estar orgulloso de Altamira o de Cogul y, si en los años ingenuos del fin de bachillerato, muchos creímos enamorarnos de la Emperatriz Isabel, no falta quien a esa misma edad, lo cree estar de la Dama de Elche. Más cerca en cierto sentido de nosotros, los nombres de Numancia y Sagunto aún emocionan a muchos y viven, sin duda, en nuestra tradición militar. Vemos, pues, como inconsciente el sustrato lingüístico, el folklore; como consciente, pero un poco «arqueológico», Altamira; como consciente, entre retórico y heroico, Numancia, Sagunto, y como estético-sentimental, a la Dama de Elche. Los casos podrían multiplicarse, algunos muy pintorescos: lo prerromano y precristiano—repito, en cierto modo, nuestro «prehispánico»—viven entre nosotros. Y eso que lo más deficiente de toda nuestra enseñanza histórica es lo que a esa época se refiere. Yo conozco, por experiencia, el asombro que origina, en los medios donde más derecho había a esperar menor ignorancia, hablar, por ejemplo, de la expansión de nuestra cultura en los finales del Neolítico y comienzos del Bronce (hasta qué punto sea «nuestra» es otro problema). Pero tampoco los hombres de Altamira tenían, salvo el asentamiento geográfico, gran cosa que ver con nosotros, y, sin embargo, el orgullo por tener esas pinturas nos lo enseñan, y hacen bien, desde la escuela primaria.

¿Indica, sin embargo, tal cosa algún peligro de recaer en la prehistoria, o de autonegarnos como nación o de renegarnos como europeos y cristianos? Sin duda, no. Respondan a ello la constante invocación a Sagunto y Numancia que los hombres de 1808 no olvidaban nunca.

Enfrentándonos ahora con la Hispanidad ultramarina, el proble-

ma es mucho más complicado. Va trabado en los países donde hay hoy indios o mestizos (casualmente donde hay más es donde las tradiciones prehispánicas son más valiosas: Méjico, Centroamérica, Colombia, el antiguo Tahuantinsuyo) con problemas raciales, educativos, económicos, etc., muy difíciles. Chile, por ejemplo, no es cuestión; representa allí la invocación a Arauco lo que aquí Numancia, Caupolicán a Viriato, y asunto concluído (si quedan indios son tan pocos que no pesan). Argentina o las Antillas (en cuanto a éstas y algunos otros países la cuestión negra es asunto totalmente distinto, como la inmigración china donde la haya) pueden quedarse con esto como tema arqueológico o cuasi arqueológico—esos indios que se fueron a presentar a Perón son un pequeño problema de política interior y una graciosa comparsería folklórica, pero nada más—, y el sereno estudio y la catalogación en buenos museos son bastantes. Por cierto que los argentinos vienen trabajando en estas cosas desde algún tiempo de modo ejemplar sin que aquí, *exceptis excipiendis*, parezcamos enterarnos. Pero yo no puedo especificar lo que pasa en cada país; no sé bastante. Y me limito a preguntar.

Planteando, en cambio, las cosas de un modo general, continental (el caso filipino es quizá más complicado, pero entra en las categorías comunes a los de América hispánica), creo que podemos seccionar la enorme masa de lo prehispánico en tres sentidos.

Refiérese la primera de estas divisiones al hecho de lo que podríamos llamar «prehispanidad» inmediata o «protohistoricidad», esto es, a si las culturas —repito que prescindo de lo racial— de que se trata se hallaban vivas a la llegada de los conquistadores o no. Tendríamos así dos niveles distintos: uno, el más antiguo, sería a la América española lo que a nosotros Altamira o el Neolítico, cosa inconscientemente viva en la cotidiana costumbre en la superstición y en el sustrato lingüístico o «yacente» como monumento o museo (las culturas preincaicas del Perú serían un buen ejemplo); otro, el más reciente, se halla más vivo (aparte, repito, de lo racial y de la vida efectiva, actual, de esa cultura), sería un poco lo que a nosotros lo céltico o ibérico; repito: Caupolicán sería un poco Viriato, no me extrañaría nada saber que alguna cuadrilla Yupanqui había cubierto gloriosas hazañas o que se llamaba «Chilam Balam» a un Instituto de Alta Cultura Centroamericana, etc.

El segundo corte no atiende ya a esto, sino a algo más inmediato. Se trata de discriminar —y tratar adecuadamente— el problema se-

gún existan o no, hoy, gentes indígenas que vivan aún según esas culturas prehispánicas (más o menos contaminadas). Los indios guajiros (léase, por ejemplo, la novela de Rómulo Gallegos SOBRE LA MISMA TIERRA; no hay por qué acudir a la etnología ni a la lingüística) o todo el magma silval de la Amazonia sería un ejemplo. Da la triste casualidad de que los indios no hispanizados pertenecen a las culturas medias y bajas. Aquí el problema es doble: hispanizar a los indios —*adhibitis necessariis cautelis*, la etnografía aplicada tiene la palabra—, pero salvar lo que en ellos haya de más valioso (técnicas adecuadas al clima, por ejemplo, o cantos y danzas, etc.). En los otros casos —esto es, si se trata de pueblos o culturas extinguidos—, los trasponemos al plano del estudio y del recuerdo más o menos viviente, y aquí cabe aplicar las discriminaciones del párrafo anterior y también las que ahora se indicarán.

El tercer corte, por último, no es ya *cronológico* como el primero —ni *biológico* como el segundo—, sino *valorativo*. Se trata del nivel que, en una rigurosa clasificación culturológica, corresponde a las culturas (como se ve, estos tres criterios se entrecruzan; una cultura muerta puede ser inmediatamente prehispánica o no, una cultura viva o muerta, pre o protohistórica, puede ser alta, media o baja y viceversa). Usemos la ya venerable, clásica y técnica clasificación del P. Schmidt o las recientes de los prehistoriadores y etnólogos argentinos, siempre tenemos tres grandes niveles subdivisibles, discutible la inclusión en uno u otro, pero que para los efectos *casi de escuela primaria* que yo aquí persigo son suficientes. Las culturas altas serían más salvables —esos Ingas de Alonso de la Cueva—; las medias, menos; las bajas, casi nada. Sin embargo, en todas habrá, por lo menos, objetos para los museos, testigos mudos del viejo poblamiento, de la esencial verdad, que tanto nos importa salvar, de la unidad humana.

Ahora querría que esto se entendiese como un conjunto de preguntas que no faltará quien conteste. ¿Tiene realmente interés todo esto? Si lo tiene, ¿está bien planteado? ¿Bastan estas clasificaciones o hay —ya desde ahora— que matizar y tamizar más? ¿Cómo empalman estos problemas con otros religiosos, raciales, social-económicos, políticos, educativos, etc.? ¿Cuál es la situación concreta, según los diversos países? ¿Cómo se aprovechan las fuerzas antihispánicas de todo esto? ¿Cuál es la sincera opinión de las personas y grupos prehispánicos en esta cuestión? ¿Acaso lo que yo aquí propongo es —*podría serlo*— utópico o suicida? ¿Tendrían razón Bartolomé de las Casas o Sarmiento de Gamboa?...

Pero yo, mientras no se demuestre lo contrario, y en la seguridad de ir muy bien acompañado, prefiero volver a contemplar la tabla del sabio e irritable oratoriano de la barroca Lima dieciochesca y leer, casi paladeándolas, las inscripciones: «Efigies de los Ingas o Reyes del Perú y de los católicos Reyes de Castilla y León que les han sucedido hasta el presente», «Manco Capac Inga I», «Felipe V, XXII Rey del Perú».

Carlos Alonso del Real.
García Morato, 144.
MADRID (España).